

Los guardianes del tiempo

Texto: Pilar Santillán / Fotos: Rosario Lanusse

Stunde, en alemán
Hora, en español
Ora, en italiano
Hour, en inglés
Heure, en francés

Este reloj fue el primero en dar la hora oficial en la Argentina en 1859.

Desde la antigüedad, con menor o mayor precisión, los relojes guardan celosamente el paso de las horas, enfrascan el tiempo que pasó y el que vendrá. Para conocer más, un breve repaso de su historia y un homenaje a dos maestros relojeros porteños.



Foto del centro: "Este reloj de arena original del Siglo XVIII es uno de los pocos, sino el único, que hay en el país."

"Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. (...) Te regalan -no lo saben, lo terrible es que no lo saben-, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca (...)" En su *Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj*, Julio Cortázar manifestaba con simpleza aquella intimidad existente entre los relojes y sus dueños, esa unión tal vez inconsciente pero siempre sólida entre el objeto de uso y la persona que lo utiliza. En la mesita de luz, en nuestras muñecas, en las paredes del hogar, en la oficina, en la vía pública, en los celulares. En todos esos lugares, las agujas del reloj (o los números de la hora, en el caso de los relojes digitales) marcan la tiranía del paso del tiempo, al que nos adaptamos sumisamente, y que puede ser chequeado con una simple ojeada y el consecuente apuro o tranquilidad por llegar a horario.

El pasado de los relojes

Nada nuevo, eso de la división del tiempo, para organizar el día y darle un tinte ordenado a nuestra vidas. Las civilizaciones antiguas lo hacían ligándolo a la **alternancia del día y de la noche**, así como a los **ciclos de la luna**. Primero fue el **reloj solar**, que indicaba los momentos del día gracias al movimiento de la sombra del sol sobre una superficie plana, con un cuadrante. Pero, ¿cómo era posible conocer la hora en lugares cerrados? Una de las soluciones más antiguas fue una vela gruesa, que ardía consumiéndose a una velocidad relativamente constante. En la cera se habían marcado unas muescas que indicaban las horas. También se utilizaban lámparas de aceite. El aceite, que hacía arder la lámpara, se consumía gradualmente, por tanto bastaba con trazar unas señales sobre el recipiente transparente que contenía el aceite para obtener la correspondencia del

paso de las horas. Luego nacieron las **clepsidras** o **relojes de agua**: el líquido iba pasando de un contenedor a un vaso graduado, y a medida que se llenaba iba marcando las horas transcurridas. Los romanos lo utilizaron en sus tribunales para controlar el desarrollo de las audiencias. Cuentan las malas lenguas que quienes regulaban el tiempo del discurso de los oradores, aceleraban u obstruían el paso del agua en función de sus intereses. Alrededor del siglo III de nuestra era apareció el famoso **reloj de arena**, con dos recipientes unidos por un estrecho pasadizo y que actualmente se utiliza en los juegos de mesa. Con todo, tuvo que pasar bastante tiempo hasta que las **maquinarias** comenzaron su reinado a partir del siglo VIII. Desde ese momento, el avance tecnológico de los relojes fue extraordinario, y hoy en día, contamos con una amplia variedad de tipos y calidades de relojes: artesanales, eléctricos, cronómetros, despertadores, de pulsera, atómicos y digitales.

Relojero de antigüedades

Inmensa Buenos Aires. Ciudad de historias, personajes y lugares anónimos, que configuran su identidad oculta y que dan nuevos aires a una metrópolis de historias ya conocidas.

En la calle Paraná, de Capital Federal, se esconde una de ellas. Es un local pequeño, cuyas paredes tienen poco de blanco y mucho de relojes colgantes. Los hay de pie, de pared, de pulsera, de bolsillo, de torre, náuticos, cronómetros, relojes con o sin péndulos, con figuras móviles, con inscripciones en latín en los cuadrantes (Por ejemplo: "Tempus fugit", que hace referencia al paso irremisible del tiempo). Y más abajo, tras descender por una empinada escalera, un hombre de 70 años, sumergido entre herramientas de trabajo y más y más relojes. Allí hay un pequeño taller que derrocha tictacs y campanadas de relojes antiguos "totalmente originales", tan antiguos que puede encontrarse un reloj de arena del siglo XVIII y el primer reloj que dio la hora oficial en Buenos Aires, allá por 1859. El nombre del local, que ya cumplió sus 30 años, es el apellido del maestro relojero Héctor Iadarola, quien lleva 57 en la profesión y es miembro de la Asociación de Anticuarios de la Argentina. Se define como "autodidacto e inquieto", y lo suficientemente curioso como para haber reparado a los 12 años, "a simple vista y sin conocimiento alguno", el despertador que su vecina había tirado a la calle. *"Pasaba horas observando y escuchando a los relojeros del barrio. Prestaba mucha atención a sus comentarios pero no les preguntaba nada porque era bastante orgulloso y prefería internarme en la Biblioteca Nacional a leer tomos de enciclopedias, guiándome por los diagramas y gráficos, porque no sabía francés ni inglés"*, relata visiblemente emocionado. Un humilde cartel que había colgado en el local del zapatero anunciaba: *"Reparo relojes"*. A partir de ahí, su lista de contactos fue agrandándose y el apellido Iadarola dejó de ser desconocido para la gente del barrio. Abrió su propio local en Barrio Norte, al que "por cuestiones de alquiler" mudó luego a su domicilio de recién casado, y donde -por pudor- "el baño era el único lugar donde no había relojes". Iadarola también realizó el mantenimiento de los cronómetros de una flota naviera, catalogó relojes para una conocida casa de remates y dio cuerda semanalmente a muchos relojes de casas particulares. Para el relojero, el ingreso, hace ya más de 20 años, de su hijo Germán (42) significó la continuidad del apellido en el rubro y, por sobre todo, el orgullo de sentirse superado. *"Cuando la gente me dice que es una suerte que mi hijo trabaje conmigo, enseguida les aclaro que yo soy el afortunado de trabajar con él"*, comenta.

El maestro Héctor Iadarola en su taller de la calle Paraná.





Una colección única y original.

Para saber:

- Cuando los relojes de sol eran los únicos instrumentos para medir el tiempo, las horas eran cortas o largas según las estaciones, precisamente como la duración del día, pero nadie se preocupaba por ello.
- Allá por 1535, debido a las persecuciones religiosas en Suiza, muchos se refugiaron en la Selva Negra (Alemania), donde habitaba un ave de plumaje gris cuyo canto sonaba a Cu-cú, dando origen al famoso pajarito de los relojes.
- Todavía hoy los ingleses llaman al reloj de pulsera "watch", del verbo del mismo nombre que significa "hacer la guardia". En efecto, los pequeños relojes que podían utilizarse a bordo de los navíos eran muy útiles para la gente de mar, cuando debían hacer guardia por la noche.

Relojero monumental

Otra historia, con sede en la esquina de Libertad y Sarmiento, alimenta aún más el prontuario de celebridades de nuestra porteña ciudad. El protagonista de esta historia -verdadera, por supuesto- es **Alberto Selvaggi** (65), relojero miembro de la Antiquarium Horological Society y del British Horological Institute, nombrado patrimonio viviente por el gobierno de Buenos Aires en el año 2003, en reconocimiento de su extensa y esforzada labor como relojero monumental.

Especialista en relojes de torre, en la década de los 80 viajó a Londres para estudiar relojería monumental y se contactó con Christ Mc Kay, la máxima autoridad en el tema. *"Con Christ nos hicimos muy amigos, cada tanto nos comunicamos por teléfono y correo electrónico. Gracias a esta relación puedo mantenerme muy actualizado, ya que Inglaterra es primera en el mundo y está muy avanzada en materia de relojería"*, explica. En la puerta de su minúsculo local, cuelga un pequeño cartel que dice: "Este negocio no funciona con horario fijo". Y es que los relojes de la ciudad no dan preaviso de sus fallas. Entonces, cuando lo requieren, este reconocido "horólogo" parte a inspeccionar los inmensos relojes, de gigantescas maquinarias y ubicados en grandes alturas. Selvaggi luce un poco cansado, acaba de cumplir su rutina diaria de custodiar el reloj de la Legislatura porteña, ubicado a 100 metros de altura y al cual accede luego de subir 40 metros en ascensor y los otros 60 por escalera. *"Todos los días me encuentro con problemas distintos: palomas muertas que tapan los desagües, vidrios rotos, goteras que oxidan los engranajes, falta de aceite o alambres que se cortan. Me preocupan*



Foto: Carolina Bruzzone

mucho por mantenerlo ya que, por tradición, este reloj marca la hora oficial. Y si un reloj público cae en descrédito, cuesta muchísimo que la gente recupere la confianza", cuenta. Trabaja también con relojes domésticos "para poder vivir", ya que el único trabajo rentado que posee como relojero monumental es el de la Legislatura. Por una cuestión de puro afecto, va semanalmente a la Iglesia del Salvador a darle cuerda al reloj mecánico, pero *ad honorem*. Se reconoce muy perseverante, porque por tanto insistir logró que se reparasen casi 14 relojes públicos de un total de 70 que no funcionaban hasta el momento. Uno de sus sueños es recuperar el reloj del edificio de la Jefatura del Gobierno de la Ciudad. *"Me encantaría ser el asesor, o el custodio del patrimonio de relojería monumental de la ciudad de Buenos Aires"*, concluye esperanzado.

Una historia, tres personajes

Relojes, relojeros y personas que usan relojes. Protagonistas todos del relato de la vida, cuyos capítulos pueden sintetizarse en segundos, minutos y horas. Y una ciudad (en escala más amplia, un mundo), que alberga a los tres personajes de esta historia de guardianes del tiempo. Unos, señalándolo; otros, preservándolo, y el resto simplemente viviéndolo. ■

Más información:

Relojería Iadarola (de Héctor Iadarola)
Paraná 942-Capital Federal
4811-3218

Relojería Horologium (de Alberto Selvaggi)
Sarmiento 1206-local 40
4382-0264

Fuentes: AA.VV, Relojes de sol, Susaeta ediciones, 2000 Madrid, España.